

LITERATOS SIN PUEBLO: LA APARICIÓN DE LOS “INTELECTUALES” EN ESPAÑA

*Literati without a People: The Appearance of
“Intellectuals” in Spain*

Santos JULIÁ

*Departamento de Historia Social y del Pensamiento Político, Facultad de Sociología, UNED,
Obispo Trejo s/n, 28040 Madrid*

BIBLID [(1998) 16; 107-121]

RESUMEN: Analizar el origen, la presencia pública, las características y la representatividad social de los intelectuales en España es el objeto de este artículo. Desde la primera “intelligentsia” liberal y sus luchas contra el absolutismo, colocándose a la cabeza de las transformaciones políticas y sociales y contribuyendo de manera notable a la creación del mitologema populista de redención nacional, los intelectuales han mantenido una especial relación con “el pueblo” que iría cambiando con el paso del tiempo. Estudiar esa relación en el contexto del final de siglo y la irrupción de una nueva sociedad de masas, así como las consecuencias que arrastró para la posición asumida por el intelectual en la sociedad y frente a la política, constituye el núcleo de este trabajo.

Palabras Clave: intelectuales, pueblo, sociedad de masas, liberalismo, crítica política.

ABSTRACT: The object of this article is to analyze the origin, public presence, characteristics, and social significance of intellectuals in Spain. From the first liberal “intelligentsia” and their struggle against absolutism, when they placed themselves at the head of political and social transformations and contributed notably to the creation of the populist mythologem of national redemption, the intellectuals have maintained a special relationship with “the people” that would change over time. This paper focuses on the study of this relationship in the context of the end of the century and the irruption of a new society of masses as well as the consequences it entailed for the position assumed by the intellectuals in society and with regard to politics.

Key words: Intellectuals, People, Society of Masses, Liberalism, Political Criticism.

"Cuando oigo a algún desconocido decir "nosotros, los intelectuales" me digo al punto: ¡vamos, este es un literato!"

MIGUEL DE UNAMUNO, "¿Quiénes son los intelectuales?",
Nuevo Mundo, 13 de julio de 1905.

El acuerdo es unánime: la voz "intelectual" apareció como sustantivo en Francia en la década de 1890 y a partir del *affaire* Dreyfus se extendió rápidamente por todas partes en los últimos años de siglo; en España, fueron Miguel de Unamuno y Ramiro de Maeztu los primeros en percibir el nuevo uso y en emplear sin reparos el sustantivo para designar a una categoría de escritores en la que ellos mismo de buena gana se incluían: "no somos más que los llamados, con más o menos justicia, *intelectuales* y algunos hombres públicos los que hablamos ahora a cada paso de la regeneración de España", escribió el primero en noviembre de 1898¹. Pero el hecho de que los intelectuales se hayan sustantivado a finales del XIX no implica que sólo desde entonces pueda detectarse su presencia como un sector o una categoría social diferenciada, con conciencia de sí y hasta, en ocasiones, seguros de su común propósito. Intelectuales existieron antes de "los intelectuales", aunque es discutible que lo que se pretende designar con esta voz imprecisa pueda aplicarse a alguna categoría social de la Edad Media sin tomar antes tantas cautelas que en realidad vuelven su uso impertinente². Sin duda, no se comete ningún abuso cuando se habla de intelectuales para identificar a un sector social muy activo en las revoluciones de 1848, por más que pueda parecer algo reduccionista definir esos acontecimientos como la revolución de los intelectuales. Mucho menos podrá calificarse de abusivo titular un libro "Los intelectuales en la Europa del siglo XIX", pues algo muy similar a lo que aparece sustantivado a sus finales existe ya desde sus comienzos y aun antes, como fue el caso de los "political men of letters" que sustituyeron en Francia los perdidos favores de la Corte por sus propias sociedades o agrupaciones, por una "incorporation of their own". Y por lo que se refiere a Estados Unidos, puede llamarse con toda propiedad intelectuales a esos "hombres de intelecto [que] se movían libremente y hablaban con autoridad envidiable" dentro de la elite patricia fundadora del nuevo Estado pues, en efecto, cuando Estados Unidos comenzó su existencia nacional "los dirigentes *eran* los intelectuales"³.

1. Pascal ORY y Jean-François SIRINELLI: *Les intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*, Paris, 1992, pp. 5-8; Christophe CHARLE: *Naissance des "intellectuels" 1880-1900*, Paris, 1990, pp. 55-57. Para España, Inman FOX: "El año 1898 y el origen de los 'intelectuales'", *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid, 1988, pp. 13-23.

2. Jacques LE GOFF: *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, 1986. Cautelas: Maria Teresa FUMAGALLI y Beonio BROCCIERI: "El intelectual", en Le Goff, ed., *El hombre medieval*, Madrid, 1990, 193-219. Concepto impreciso: Lewis Coser, *Men of ideas*, Nueva York, 1965, p. vii.

3. Lewis NAMIER: *1848: The revolution of the intellectuals*, [1946], Londres, 1971; Christophe CHARLE: *Les intellectuels en Europe au XIX siècle*, Paris, 1996; Edmund BURKE: *Reflections on the Revolution in France*, [1790] Nueva York, 1959, p. 134; Richard HOFSTADTER: *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, Madrid, 1969, p. 135.

Sin necesidad de convertir el término en una especie de trascendente histórico y ver intelectuales en todo tiempo y cualquier lugar bastará que esos hombres de letras, de ideas o de intelecto, sean "libres y compitan en un libre mercado intelectual" para que se pueda hablar con precisión de intelectuales en un sentido muy similar al utilizado en la última década del siglo XIX. Así, su presencia se puede remontar a los orígenes del capitalismo, con la autonomía de la sociedad civil respecto del Estado aunque no falten autores que prefieren ligar su aparición a fenómenos político-culturales, como la Reforma y la Ilustración. Intelectuales existen desde que aparece una esfera pública de debate a la que se puede acceder a título individual, libres por tanto de servidumbres corporativas o de lazos de patronazgo eclesiásticos o nobiliarios. A partir de esa posición conquistada en el mercado de las ideas, la progresiva transformación de la sociedad capitalista en una dirección que desplazaba hacia políticos profesionales, encuadrados en partidos, la tarea asumida por los intelectuales desde las revoluciones americana y francesa como adalides del pueblo y constructores del Estado les hizo tomar una conciencia separada que acabó por convertir en sustantivo una palabra que antes todo el mundo usaba como adjetivo⁴.

Postular su presencia como indisociable de la sociedad capitalista y su sustantivación como efecto del desarrollo del capitalismo no es arbitrario. A diferencia de la sociedad feudal, sólo el capitalismo aseguró, frente al poder político, una esfera autónoma en la que fue posible la institucionalización del debate público libre de vínculos de fidelidad a los señores y a las iglesias. Con el capital, surgieron las sociedades de lectura que aseguraban una audiencia más amplia a aquellos "trabajadores con signos", capaces de transmitir sentido; se multiplicaron los lugares de conferencias, mítines o debates, oficiales y privados, en los que reinaba la palabra; sobre todo, se consolidaron los soportes impresos que permitían acceder a un gran público desconocido, llamar la atención, enviar "panfletos de agitación cultural". A fin de cuentas, "todo intelectual es mediático", lo que es decir, no hay intelectual que lo sea sin hacer uso de las nuevas posibilidades comunicativas desarrolladas con la invención de la imprenta muy especialmente durante el siglo XVIII⁵.

Los intelectuales son por tanto inseparables de la constitución de la sociedad civil y de los procesos de alfabetización, de la aparición de una minoría lectora, instruida, de ese público que Larra todavía no encontraba en el Madrid de los años treinta, pero cuya existencia daba por supuesta en Barcelona y Cádiz, no por casualidad ciudades comerciales. De esas minorías educadas emergen la grandes figuras precisamente porque el medio social es todavía inculto o, más exactamente, se

4. Gerald POPEL y Raj P. MOHAN: "Intellectuals and powers: S. M. Lipset, Julien Benda y Karl Mannheim", y William C. MARTIN: "The role of the intellectuals in revolutionary institutions", en Raj P. MOHAN, ed.: *The mythmakers. Intellectuals and intelligence in perspective*, Nueva York, 1987, pp. 34 y ss. Diferentes tipos de "intelligentsia jacobina" en sociedades preindustriales, Carl BOGGS: *Intellectuals and the crisis of modernity*, Nueva York, 1993, pp. 11-36.

5. Trabajador con signos, Julia KRISTEVA: "Apéndices de una horquilla moral", *El País*, 14 de diciembre de 1989. Intelectual mediático, Fernando SAVATER: "Voltaire: libre, comprometido y feliz", en *Libre mente*, Madrid, 1996, pp. 201-204.

encuentra en algún momento de la transición de la sociedad con mayoría analfabeta a la sociedad alfabetizada⁶: el gran intelectual que surge con el fin de siglo es posible únicamente porque la masa de la población apenas acaba de acceder a la lectura y porque el ingreso en las instituciones de enseñanza superior está reservado a los retoños de la burguesía. Por eso será necesario tomar con cautela la representatividad social de sus opiniones y actitudes y no aceptar sin mayor reserva el papel que ilusoriamente se atribuyen de hablar en nombre, o en sustitución, de un pueblo que se ha quedado mudo, sin palabra. Sin duda, ellos reclamarán para sus valores y hasta para sus sentimientos personales una validez universal, pero en realidad lo que expresan es la cultura de una minoría de privilegiados que se presentan en la escena pública gracias a disfrutar de rentas familiares.

Imprenta y club, artículo y mitin, escribir y hablar, "writing and talking": tal es "el modo central de influencia" de esta "nueva clase", que obtiene lo que busca por medio de la retórica, publicando y hablando⁷. Los primeros intelectuales, como cabeza de un público alfabetizado pero todavía minoritario en sociedades de predominio rural, se constituyeron por la pluma y la palabra en el segundo poder que Herzen atribuía a los literatos rusos. Formaron como una especie de parlamento social que compensaba la falta, o las limitaciones, de los parlamentos políticos, en manos todavía, allí donde existían, de las oligarquías terratenientes. En España, la *intelligentsia* liberal, cuando retorna del exilio al que fue enviada por Fernando VII, se coloca al frente de las luchas contra el absolutismo⁸. Encuadrada en la Milicia Nacional fue protagonista, junto al pueblo o a su cabeza, de la revolución liberal. Muchos de ellos eran literatos, clérigos, filósofos y artistas, pero abundaban sobre todo los abogados. Procedían, como sus homólogos europeos, de las clases medias o medio-altas, vivían de rentas agrarias, poseían una formación jurídica y desempeñaban alguna ocupación funcional. Sus biografías se asemejan: la logia, el club, el periódico, el presidio, el Parlamento, el Ministerio; en aquellos tiempos, el talento discursivo y la imaginación fértil habilitaban a un hombre para el gobierno, escribirá Azaña al evocar la primera generación del Ateneo de Madrid. Y Pérez Galdós, desconfiando de los abogados que hacen y deshacen las leyes, tenía a la poesía como germen de la sabiduría política, exactamente como Victor Hugo había proclamado en Francia. Nunca el Estado, añade Azaña, ha tenido servidores más brillantes; nunca la política y las letras han sellado más íntimo acuerdo. Ese fue el intelectual que miró al Estado como una proyección moral de su conciencia y que a pesar de su rebeldía juvenil acabó recalando en el Parlamento o en la burocracia, destino que aguardaba al 91 por ciento de una muestra de escritores y periodistas de Madrid en la década de 1835-45⁹.

6. Emilio LAMO DE ESPINOSA: "La sociedad de los intelectuales", en *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*, Oviedo, 1996, p. 212.

7. Alvin W. GOULDNER: *The future of intellectuals and the rise of the new class*, Londres, 1979, p. 64.

8. Herzen citado por Vitali CHENTALINSKI: *De los archivos literarios del KGB*, Madrid, 1994, p. 13. Para el retorno de "la *intelligentsia* exiliada", Carlos MARICHAL: *La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España, 1834-1844*, Madrid, 1980, pp. 49-54.

9. Benito PÉREZ GALDÓS: *La revolución de julio*, *Obras Completas, Episodios Nacionales*, vol. 4, Madrid, p. 383. Manuel AZAÑA: *Tres generaciones del Ateneo*, *Obras Completas*, México, 1966, vol. I,

A este intelectual que todavía no sabe su nombre le conviene, aunque no en exclusiva, la definición de *mythmaker* por su contribución imprescindible en la creación del gran mitologema populista de redención nacional. Literato o artista, abogado o periodista, creó la cultura nacional y difundió el sentimiento cívico patriótico: el pueblo es el "buen hijo, sano, humillado y ofendido por la oligarquía" que espera de la palabra su redención¹⁰. La búsqueda del espíritu del pueblo tendrá mucho que ver con el intento de concebir un orden social que no fuera burgués pero que ya no podía ser feudal; hubo que ir al encuentro del pueblo en una conveniente mitificación de la historia e idealización de la Edad Media, en la que descollaron los románticos alemanes, críticos de su propio presente pero reticentes ante la alternativa que les ofrecía Francia¹¹. Los intelectuales liberales españoles, por su parte, estaban convencidos de que España había sido grande en el pasado y volvería a serlo en el futuro porque, a pesar del absolutismo, el "gran ser de nuestro pueblo" había conservado "su energía y su virtud latente". Es el mismo pueblo que la guerra de la Independencia había "destacado a la admiración universal", en el que residían intactos "la entereza, la hombría y el arrojo"; el pueblo que en 1854 volverá a romper "con noble y fiero orgullo sus cadenas", que debía su triunfo a "sus propias fuerzas, a su patriotismo, a su arrojo". Siglos de absolutismo, de desvío de la historia, no habían bastado para destruir al "pueblo noble y generoso" en el que se expresaba la santa voluntad del Señor¹².

Pero todo esto es anterior a las revoluciones de 1848, cuya frustración hizo surgir en Europa otro tipo de intelectual que modificó algunos de los elementos de la mitología redentora propia del romanticismo aunque permaneciera la misma estructura de pensamiento y creencias. Pues fue entonces, a raíz del fracaso de la revolución, cuando apareció un nuevo intelectual que venía también de las clases medias y medio-altas y que poseía una sólida formación académica pero que, frente a sus inmediatos predecesores, constituyó una *intelligentsia* radical y alienada. Estos nuevos intelectuales, que a pesar de su formación académica no harán carrera en las Universidades, ya no se encontrarán sin embargo con el pueblo, sino con una clase obrera en formación y se situarán respecto a ella en una posición similar a la de los románticos frente al pueblo, con una diferencia: esa clase obrera se organiza, tiene sus agrupaciones y hasta aspira a constituir su partido.

p. 621. El dato final en David RINGROSE: *Imperio y península*, Madrid, 1987, p. 161, que cita la tesis doctoral de Anne BURDICK: "The Madrid writer in Spanish society, 1833-1843", Universidad de California, San Diego, 1983.

10. Intelectuales como creadores de mitos, Mohan, *The mythmakers*, cit.; mitologema de redención popular, José ÁLVAREZ JUNCO: "Los intelectuales: anticlericalismo y republicanismo", en J. L. GARCÍA DELGADO, ed.: *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, 1993, pp. 101-108, que lo aplica a los de 1900 y pone de ejemplo a Unamuno.

11. Alvin GOULDNER: "Romanticismo y clasicismo", en *La sociología actual: renovación y crítica*, Madrid, 1979, pp. 301-109.

12. Modesto LAFUENTE: *Historia general de España*, Barcelona, 1889, vol. 22, p. 338; Manuel AZAÑA: "Estudios sobre Valera", *OC*, vol. 1, pp. 981-3; PI Y MARGALL: "Al Pueblo", 21 julio 1854; SIXTO CÁMARA: "Manifiesto de la Junta Nacional Revolucionaria al Pueblo", abril 1857, en Clara E. LIDA: *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español, 1835-1888. Textos y documentos*, Madrid, 1973, pp. 96-99 y 117-122.

Pero no llega por sí misma a captar todo el sentido de su acción. Y es en este punto donde encontrará a los intelectuales, que aportan al proletariado la conciencia socialista o, lo que es igual, el sentido de la historia, las leyes que rigen el proceso histórico¹³.

En este intelectual anida una sospecha sobre los límites de la cultura propia del proletariado. La teoría no puede proceder de él ni tampoco de los académicos ordinarios de la clase media, integrados como están en el aparato del Estado capitalista. Se necesita un tipo especial de teórico que, para desarrollar su acción, exigirá un tipo especial de organización. Es el partido de vanguardia, depositario del sentido de la historia y capaz de formular la estrategia necesaria para alcanzarlo, evitando al proletariado, por una parte, su nativa inclinación a la integración en la sociedad capitalista y, por otra, su purismo ideológico. El intelectual, en la tradición socialista, está ahí como una especie de guardián contra el oportunismo y el sectarismo¹⁴. Su papel de mediador entre la clase y la conciencia de clase se complementa con su papel de dirigente: si el intelectual de antes del 48 conducía al pueblo en el combate contra el absolutismo y el antiguo régimen, por la nación y por la libertad, estos nuevos intelectuales formarán la mayor parte del liderazgo de los partidos socialdemócratas y luego de los partidos bolcheviques o comunistas creados por la Tercera Internacional, como más adelante, en las luchas por la liberación nacional de los países del Tercer Mundo, será una elite intelectual la que enseñará a los campesinos a organizarse para ir al asalto del Estado.

El intelectual que surge a fin de siglo en Francia y en España en torno al *affaire Dreyfus* y lo que podría entenderse como su versión española, la campaña para la revisión de los procesos de Montjuich, "acta de nacimiento de los 'intelectuales' españoles"¹⁵, es un tipo diferente que, si se afirma en un acto de protesta o acusación frente al Estado y si se erige en crítico de la sociedad burguesa, no por eso asume el liderazgo del pueblo, como fue el caso de los románticos en las revoluciones liberales, ni de la clase obrera, como será el de los socialistas o anarquistas de las revoluciones proletarias. No quiere esto decir que se trate de un tipo de intelectual que sigue o sustituye a los anteriores en un proceso evolutivo de carácter lineal. Como sus predecesores —que pueden ser también sus coetáneos y hasta sobrevivirles—, los que escriben para el público utilizando "en estos últimos tiempos el sustantivo intelectual" son diecinueve de cada veinte veces "literatos, meros literatos"¹⁶. La diferencia fundamental entre unos y otros tampoco radica en que escriban de diferente modo la historia de la nación o inventen un nuevo mito del ser nacional y vayan a buscar al pueblo en la tradición eterna; ni siquiera en que constituyan un mundo propio, con sus periódicos, tertulias y agasajos mutuos, un mundo de difícil acceso para aquel pueblo con el que antes andaban mezcla-

13. Goran THERBORN: *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, Madrid, 1980, pp. 323-326.

14. GOULDNER: *The future*, pp. 75-78.

15. Según Paul AUBERT: "Intelectuales y cambio político", en J. L. GARCÍA DELGADO, ed.: *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, 1993, p. 28.

16. Miguel DE UNAMUNO: "¿Quiénes son los intelectuales?", *Nuevo Mundo*, 13 julio 1905.

dos; sino porque pretenden intervenir en la vida pública desde una posición separada, reclamando una función específica, y no como cabeza de otras clases o categorías sociales.

Su mito central no consistió en una vuelta al pueblo, si por tal se entiende el pueblo que podían encontrar en la ciudad; desde luego, nunca pretendieron situarse a la cabeza del pueblo urbano ni encabezar un movimiento campesino; no tuvieron nada de populistas, más bien al contrario, evitaron a ese pueblo que tenían delante de sus ojos para buscar al verdadero pueblo en su origen incontaminado, en algún momento de la Edad Media, cuando todo el pueblo cantaba por la boca del poeta. Son, como los liberales y los románticos, disidentes; es más, convierten la disidencia en un signo de distinción: son intelectuales porque protestan de todo y contra todo; se erigen en árbitros morales de la nación y gustan de vestirse la toga de jueces airados de la clase política, pero son incapaces de proponer un programa de acción, de señalar un objetivo: sienten una profunda aversión a lo concreto. Si hubiera que definir lo que son, sienten y pretenden, quizá no habría mejor manera de decirlo que con el elogio de Pío Baroja a Benito Pérez Galdós cuando celebraron el estreno de "Electra". Después de dejar testimonio algo patético de la inseguridad que les dominaba y de su incapacidad para la acción, Baroja definió a Galdós como un ejemplar de esos "hombres que tienen la terrible misión de representar el mundo de las ideas y de los hechos [y] sobre los que recae una terrible responsabilidad pues no impunemente se puede ser la conciencia de una multitud". Del intelectual de fin de siglo no se espera que se sitúe a la cabeza de nadie; se espera, sobre todo, que sea conciencia de la multitud¹⁷.

Esta referencia a la multitud nos pone en la pista del nuevo sujeto social que determina la aparición sustantivada del intelectual, relacionada con el desarrollo del capitalismo en forma de sociedad de masa. Lo nuevo a final de siglo no es tanto el intelectual como el espejo en que el intelectual se mira —o sea, el pueblo— y que acaba por transformar su mirada; más exactamente, lo nuevo es el hombre de letras y el artista que, al mirarse en el pueblo, ve la multitud, la masa, le produce horror y se percibe entonces a sí mismo como un ser aparte, con una misión específica ante la masa y frente al Estado, culpable de tan lamentable situación. Mientras el pueblo fue pueblo -y en España lo habría sido hasta la Gloriosa Revolución de septiembre de 1868- los intelectuales *avant la lettre* que eran aquellos poetas, literatos, abogados y publicistas que se ponían a su cabeza cuando comenzaban a sonar fuerte sus pisadas, no necesitaron percibirse a sí mismos como categoría separada. Es más, toda su gloria consistía en presentarse en comunión con el pueblo: ellos eran también pueblo, su voz más que su conciencia, y con el pueblo aparecían fundidos cada vez que el pueblo se decidía a levantar la cabeza. Todo había comenzado a complicarse, sin embargo, cuando aquel pueblo, incapaz de mantener sus últimas conquistas, cedió ante el empuje de la reacción restauradora hasta caer en la más completa abulia. Aquello ya no era pueblo;

17. PÍO BAROJA: "Galdós Vidente", *El País*, 31 enero 1901. Jon Juaristi afirma que la "vuelta al pueblo" es el "mito central" de esta generación: *El bucle melancólico*, Madrid, 1997, p. 98.

aquello era otra cosa que crecía y crecía al ritmo de la urbanización. Y no es sorprendente que los literatos, filósofos, poetas, publicistas que otrora se tenían como parte del pueblo empezaran a dar muestras de inquietud ante esa nueva realidad que les saltó repentinamente a los ojos y amenazaba su posición cuando se acercaba el fin de siglo¹⁸.

El descubrimiento de la masa arrastró consecuencias decisivas para la posición asumida por el intelectual en la sociedad y frente a la política. A la vez que literatos y publicistas se comenzaban a llamar a sí mismos intelectuales, generalizaron el uso de la voz "masa" para designar a lo que hasta bier poco antes llamaban "pueblo". Una novelista nacida a mediados de siglo aún podía escribir en 1882 que "el pueblo que copiamos los que vivimos del lado de acá del Pirineo no se parece todavía, en buena hora lo digamos, al del lado de allá", pues aunque mezclado con mil flaquezas, miserias y preocupaciones, la parte de pueblo que Emilia Pardo Bazán tuvo la oportunidad de ver y tratar de cerca le sorprendió por "el calor de corazón, la generosidad viva, la religiosidad sincera, el recto sentir". Pero desde finales de siglo, la palabra "pueblo" perdió, como ha señalado Max Adler, "su connotación de comunidad para indicar, en cambio, la separación, el aislamiento de los intelectuales respecto al pueblo"¹⁹. La voz masa, que ya había utilizado Larra con notable y muy adelantada perspicacia y que a final de siglo era motivo central y recurrente de la reflexión sociológica y psicológica, aparece siempre en ese marco de desolación que tanto gustaban de evocar Unamuno y el grupo de literatos tenido como fijo en la "nómina" de la generación del 98²⁰. Los adjetivos que la connotaron de inmediato y para siempre fueron como los antónimos de los que connotaban hasta los años ochenta la voz pueblo. Lo fueron desde luego en el mismo Unamuno, que cuando no subía al cielo de la especulación para contemplar al pueblo como "plasma germinativo, raíz de la continuidad humana en el espacio y en el tiempo", lo definía simplemente como "animal doméstico", como "masa de hombres privados e idiotas que decían los griegos", como "masa electoral y contribuible"; una masa inerte, de la que nada germina y a la que será inútil dirigir la palabra porque "no responde": oye hablar de todo esto, o sea, de la regeneración, "como quien oye llover"²¹.

18. Aparición simultánea de intelectuales y masas, Sebastian BALFOUR: "The solitary peak and the dense valley: intellectuals and masses in fin de siècle Spain", *Tesserae* 1 (1994-95), p. 1.

19. Emilia PARDO BAZÁN: prólogo a la primera edición de *La tribuna*, octubre de 1882, Madrid, 1989, p. 58; Max ADLER: *El socialismo y los intelectuales* [1919], México, 1980, p. 137.

20. El público, escribió Larra, "por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; suele ser su favorita la medianía integrante y charlatana, y objeto de su olvido o su desprecio el mérito modesto; olvida con facilidad e ingratitud los servicios más importantes y premia con usura a quien le lisonjea y le engaña": "¿Quién es el público y dónde se encuentra?", 17 agosto 1832. *Obras*, Madrid, 1960, vol. I, pp. 76-77.

21. Miguel de Unamuno, carta a Timoteo Orbe, 8 de octubre de 1901, en Laureano ROBLES, ed.: *Epistolario inédito*, Madrid, 1991, pp. 99-100; "La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España", *La España Moderna*, noviembre de 1898; "La regeneración del teatro español" [1896], cit. por Ciriaco MORÓN ARROYO: *El 'alma de España'*, Oviedo, 1996, p. 84; *En torno al casticismo* [1895], Madrid, 1996, p. 168.

Si Unamuno no oculta el desdén teñido de misericordia y lástima que le inspiran "estas pobres muchedumbres, ordenadas y tranquilas, que nacen, comen, duermen, se reproducen y mueren", los efímeros componentes del grupo de "Los Tres" tendrán a la masa como de "instintos protervos", según decía Martínez Ruiz que decía Baroja, quien sin necesidad de intérprete ya se encargaba de afirmar que "la masa es siempre lo infame, lo cobarde, lo bajo". Maeztu, por su parte, veía a las masas fatigadas de tanto arrastrarse ante los sables y la sotanas y sentía que, "a medida que transcurren los años, se acentúa más y más la distancia entre la turba animal y los hombres de razón y de conciencia. Diríase que el progreso sólo redundaba en los cerebros de *l'élite*"²². Pronto aparece, pues, el intelectual, también llamado hombre de razón y de conciencia, separado de la turba, animal en la ocasión, aunque en esto, como en casi todo, los literatos franceses llevaban ya mucho camino recorrido: a George Sand, que le había confesado sentirse "enferma del mal de mi nación y de mi raza", Gustave Flaubert había contestado en 1871 que "la muchedumbre, la masa, el rebaño, será siempre aborrecible", tanto como esa democracia cuyo sueño consiste en "elevar al proletario al mismo nivel de estupidez que al burgués"²³.

No se trata sólo de una impresión de literatos. En su respuesta a la "Información" abierta por el Ateneo de Madrid sobre el caciquismo, y para mejor argumentar la necesidad de cultura y la defensa del buen cacique como "principio de organización y de solidaridad en medio del atomismo anárquico y de la indiferencia política de nuestras aldeas", Santiago Ramón y Cajal definía a "nuestro pueblo" como un organismo inferior dotado de "vida exclusivamente vegetativa"; un pueblo, pues, como el que veía Unamuno, incapaz de escuchar ni de sentir. Y aun como precedente de esta actitud, es muy significativo que un institucionalista de la primera hora, Manuel Bartolomé Cossío, para urgir la necesidad de reforma educativa identificara la inercia de las masas con la inexistencia de pueblo: mientras el pueblo actuaba con libertad de pensar y poseía una opinión independiente y propia, la masa se adapta a la democracia ficticia que es el sufragio universal cuando falta país. Rafael Altamira situaba, por su parte, en la falta de empuje de "la masa nueva" el obstáculo para romper "la obstrucción sólida de los políticos viejos" y, junto a los distinguidos catedráticos de la Universidad de Oviedo, Buylla, Posada y Sela, atribuía a la "masa ignorante" servir como base de apoyo del "espíritu intolerante y fanático" que definía a un sector de la sociedad española cuando comenzaba el nuevo siglo²⁴.

22. UNAMUNO: "El sepulcro de Don Quijote", *Ensayos*, Madrid, 1964, II, p. 71; discurso de Enrique Olaiz en José Martínez Ruiz, *La voluntad* [1902] Madrid, 1989, pp. 235-239; BAROJA: "Vieja España, Patria nueva", *El tablado de Arlequín*, [1903], Madrid, 1982, pp. 53-55; MAEZTU: "Ideal nuevo", *El Progreso*, 6 febrero 1898, recogido por E. Inman Fox en *Artículos desconocidos (1897-1904)*, Madrid, 1977, pp. 72-73.

23. Herbert LOTTMAN: *Gustave Flaubert*, Barcelona, 1991, p. 316.

24. Respuestas de Ramón y Cajal y de Altamira, Posada, Buylla y Sela, en Alfonso ORTÍ, ed.: *Oligarquía y caciquismo vol. II, Informes y Testimonios*, Madrid, 1975, vol. II, pp. 342 y 90-92; Manuel B. COSSÍO: *Congreso Nacional Pedagógico*, 1882, cit. por Yvonne TURIN: *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, 1967, pp. 38-39; Altamira a Costa, 3 agosto 1899, en G. J. CHEYNE, ed.: *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira*, Alicante, 1992, p. 103.

El intelectual como sustantivo aparece, por tanto, como correlato de la masa inerte en cuanto mayoría social. La conciencia de intelectual emerge como contrapunto de una visión de la sociedad dividida en una mayoría amorfa, ignorante, pasiva, ineducada, grosera, fácilmente manipulable por los políticos, y una minoría selecta, dotada de inteligencia y sensibilidad, desdeñosa de la política y formada por esas personalidades capaces de elevar una voz individual frente a la masa. De este hecho, que está en la raíz de la concepción que de sí mismo tiene el intelectual a comienzos de nuestro siglo, se derivarán consecuencias para la actitud que adopte ante la sociedad y la política de su tiempo. Ante todo, claro está, de ese extremado individualismo que alguno de ellos elevará a categoría filosófica —lo individual es la única realidad en la naturaleza y en la vida, escribe Baroja como divagación trascendental— y del que todos ellos dejaron abundante testimonio. “Los que en 1898 saltamos renegando contra la España constituida y poniendo al desnudo las lacerías de la patria, éramos, quien más, quien menos, unos ególatras”, reconocerá años después Unamuno. “Cada uno de nosotros buscaba salvarse como hombre, como personalidad”, escribe en otra ocasión, cuando se pregunte sobre el destino de “los que hace veinte años partimos a la conquista de una patria”. El mismo Unamuno da la más acertada respuesta: “sólo nos unían el tiempo y el lugar, y acaso un común dolor: la angustia de no respirar en aquella España”. Pero la coincidencia de que todos ellos partieran a semejante conquista “al mismo tiempo, a raíz del desastre colonial”, no quiere decir que lo hicieran de acuerdo. Unamuno recuerda bien que el semanario *Vida Nueva* los había juntado, “pero no nos unió. Fue una plaza donde se nos dejó gritar a cada uno su grito. Ningún santo y seña común nos unía. Ni debía unirnos”²⁵.

Escrita esta evocación en 1918, podría parecer que Unamuno sometía a crítica a su propia generación, comparándola con el propósito colectivo y organizado de la siguiente y echándole en cara su incapacidad para cambiar aquella España de final de siglo que, según él mismo reconocía, era la misma veinte años después. Pero no hay en su evocación ni la sombra de una crítica: “Así fue mejor, mucho mejor. De allí no salió, ni pudo ni debió haber salido una Liga, una comunidad, algo que implicase organización de partido político, por flojo y elástico que sea. De allí no pudo salir una cofradía o una hermandad”. No importa cuál fuera la adscripción ideológica de su juventud, socialista, anarquista, revolucionaria²⁶; y ni siquiera si realmente tuvieron una o más bien utilizaron tentativamente los diversos lenguajes que tenían a mano, krausista, liberal, positivista, nietzscheano: lo que importa es que estos intelectuales se presentan como conciencia de la multitud y simultáneamente aborrecen la idea de comunidad o de organización; son intelectuales, por tanto, como exaltación de su individualidad frente a la masa y en la medida en que cada cual eleva su grito con fuerza suficiente para alcanzar

25. La cita de Baroja abre su novela *César o nada* [1910] que Azorín comenta en *ABC*, 12 diciembre 1910. De UNAMUNO: “Nuestra egolatría de los del 98”, *El Imparcial*, 31 enero 1916, y “La hermandad futura”, *Nuevo Mundo*, 5 julio 1918.

26. Aunque haya corrido desde entonces mucha tinta, sigue siendo imprescindible Carlos BLANCO AGUINAGA: *Juventud del 98*, 3ª ed., Madrid, 1998 para esta cuestión.

a un público. No hay en ellos un propósito común, ningún santo y seña capaz de unirles en alguna acción que vaya más allá de juntarse en la redacción de un periódico, en la publicación de un manifiesto o en el ofrecimiento de agasajos y homenajes de mutua admiración. Les podía unir una sensibilidad, una manera de contemplar el paisaje; no les unía el propósito de incidir colectivamente sobre esa realidad que tanto les angustiaba.

Esa egolatría que Baroja atribuirá a su juventud no les impide, todo lo contrario, reclamar un espacio propio como tales intelectuales, lo que no dejará de tener consecuencias decisivas para la concepción y la práctica de su arte: un artista que se precie no produce para la masa. En una parodia de Agustín R. Bonnat, publicada en *Madrid Cómico*, Godínez dice al Director: "Yo no escribo para el vulgo", y propone en consecuencia romper con todo lo viejo, rutinario y anticuado reclamando la libertad absoluta que da "la luz, lo nuevo, lo exótico". Lo nuevo, lo joven, lo que nada tenía que ver con el pasado adquirió repentinamente un valor que los nuevos escritores pugnaban por visualizar por medio de la ruidosa protesta colectiva, como la promovida a propósito del gran homenaje nacional a Echegaray, en quien Azorín veía el símbolo de "los muchos que en la literatura, en el arte, en la política, representan una España pasada, muerta, conocida por los prejuicios y por las supercherías, salteada por los caciques, explotada por una burocracia concusionista..."²⁷. Sin duda, en la crisis del realismo y del naturalismo influyeron factores propios a la escritura, pero no fue tampoco desdeñable la nueva percepción que el artista tuvo de su público, formado potencialmente por todos los que sabían leer y escribir, que comenzaban a ser muchos y de muy zafio paladar. Es conocido el esfuerzo realizado por los artistas para escribir desde principios de nuestro siglo obras herméticas, sólo accesibles a minorías selectas, empeño en el que los músicos consiguieron muy pronto una ventaja nunca perdida: ningún arte como la música ha logrado el propósito de ser desertado no ya por las masas sino incluso por un público medianamente culto pero sólo muy minoritariamente dotado para seguir el desarrollo sonoro de complejas fórmulas matemáticas²⁸.

Pero lo que interesa destacar en el actual contexto son los efectos que tal concepción tuvo en la relación de los intelectuales con la política. La primera, inmediata, fue la de reivindicar para ellos una función propia, la de educar a la masa, la de indicar el camino: el "animal doméstico" de Unamuno necesita del pedagogo que lo europeíce. "La minoría de europeos, nacidos y residentes en España, tenemos el deber y el derecho fraternales de imponernos a las kabilas", dijo el mismo Unamuno en un discurso pronunciado en 1902 que paradójicamente le ha

27. "¡Oh, el Modernismo!", *Madrid Cómico*, 24 marzo 1900, cit. por Guillermo DÍAZ PLAJA: *Modernismo frente a Noventa y Ocho*, 2ª ed., Madrid, 1966, pp. 28-29. Para la protesta de Azorín, Cecilio ALONSO: *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)*, Alicante, 1985, p. 25. Homenaje a ECHEGARAY: *El Imparcial*, 19 y 20 de marzo de 1905.

28. JOHN CAREY: *The intellectuals and the masses*, Londres, 1992, pp. 13-21 para el miedo de algunos reconocidos literatos a ser entendidos por el gran público y los esfuerzos que hicieron para evitarlo.

valido fama de liberal. Años antes, recién salido de "cierta honda crisis de conciencia", había sentido la "profundísima persuasión" de ser nada menos que un "instrumento en manos de Dios para contribuir a la renovación espiritual de España"; misión divina que vio confirmada por sus "triumfos", por la popularidad que iba alcanzando y que, como su elevación al rectorado de la Universidad de Salamanca, le enderezaba a ponerse "en situación tal de autoridad y de prestigio que haga mi obra más fecunda". Azorín, por su parte, no tenía menos clara la misión que un poco como fatalidad impuesta por la naturaleza de las cosas recaía sobre el intelectual: alguno tendrá que ser el educador de la masa proterva, "y ese educador tiene que estar alto, para imponer una enseñanza que la masa quizá rehusara". "Es el intelectual, —no el poeta de ojos tristes, ni el guerrero de cuartel, ni el empleado deleznable, ni el negro sacerdote— es el intelectual quien señala orgulloso el camino", escribe Maeztu entusiasmado por la aparición de ese nuevo ser, situado por encima de la torpeza y cobardía generales y portador de un ideal integrador de regiones antagónicas y clases en pugna. Y si la masa es renuente para recibir esa educación, no quedará más que blandir la palmeta de domine y el látigo del domador, añade en otra ocasión el mismo Maeztu, más expeditivo que otros que vienen a decir lo mismo²⁹.

Además, corresponde a los intelectuales la tarea de juzgar a los políticos profesionales, liquidando de un plumazo el periodo de "ósmosis entre dirigentes políticos y figuras intelectuales" que había caracterizado a la Restauración³⁰ y, más lejos en el tiempo, al romanticismo y a la Ilustración. Encarnaban aquellos hombres estrepitosos, escribirá años después Luis Araquistáin, "una protesta contra la incompetencia y venalidad de los políticos... Era su indignación una especie de anarquismo literario, un grito cordial contra toda política". Para estos nuevos intelectuales, el tiempo en que los hombres de intelecto eran al mismo tiempo dirigentes políticos está acabado. Con ellos, el postulado de una masa infame arrastra siempre el correlato de unos políticos abyectos. ¿Qué son los "jefes ilustres" de los partidos sino unos "santones que tienen que oficiar de pontifical en las ocasiones solemnes"?, pregunta Unamuno. Y Martínez Ruiz escribe: "no hay cosa más abyecta que un político". Pero este desprecio hacia la política tampoco constituye una diferencia española ni habría que vincularlo demasiado estrechamente con la Restauración y sus políticos. Después de leer a un puñado de autores franceses, alemanes, ingleses, se preguntaba Edward Shils por qué razón "los escritores, los historiadores, los filósofos y otros intelectuales, grandes algunos e interesantes todos ellos, sentían tanta aversión hacia sus propias sociedades y hacia los dirigentes que las gobernaban". Es una característica universal del intelectual de fin

29. UNAMUNO, carta a Orbe, cit.; "Discurso en el Ateneo de Valencia", *El Mercantil Valenciano*, 25 abril 1902; cartas a Giner de los Ríos, 3 noviembre 1900, y a Múgica, 2 diciembre 1903, ambas en D. GÓMEZ MOLLEDA: *Unamuno "agitador de espíritus" y Giner. Correspondencia inédita*, Madrid, 1977, pp. 62-64 y 51-52; MARTÍNEZ RUIZ: *La voluntad*, cit.; MAEZTU: "Solidaridad española. II", *Las Noticias*, 29 septiembre 1899, e "Ideal nuevo", *El Progreso*, 6 febrero 1898, en Inman Fox, *Ramiro de Maeztu. Artículos desconocidos, 1897-1904*, Madrid, 1977, pp. 142-144 y 72-73.

30. Carlos SERRANO: "Los intelectuales en 1900: ¿ensayo general?", en C. SERRANO y S. SALAÜN: *1900 en España*, Madrid, 1991, pp. 85-106.

de siglo, que en España adquiere peculiares acentos a partir del Desastre pero que viene arrastrándose desde la frustrante experiencia del sexenio democrático³¹.

Como inmediata secuela de ese horror a la masa y a los políticos que la representan, los primeros intelectuales sustantivados se mostrarán sin titubeos contra la democracia. En el decenio 1890-1900, era un lugar común considerar que la raza -la que fuera, francesa, alemana, italiana o española- había degenerado y que Europa había entrado en un irresistible declive arrastrada por esa nueva entidad llamada masa. En este clima moral, no fue difícil establecer una rápida relación de causalidad entre masa y perversidad de la democracia. Si la masa era número y si el número decidía la formación de los gobiernos, entonces los gobiernos estaban por definición afectados del mismo daño que la masa. Una y otra vez, los autores de fin de siglo vuelven a la idea de la democracia como dañada en su raíz por el hecho de basarse en el sufragio universal, convicción adquirida antes de haber podido sentir el influjo de Nietzsche, aunque reforzada inmediatamente por las traducciones que del filósofo alemán llegaban de Francia y por el impacto que *Degeneration*, de Max Nordau, produjo entre los jóvenes literatos españoles³². "¿A santo de qué ha de ser demócrata la aristocracia del cerebro?", se pregunta Maeztu; y Martínez Ruiz, en un texto ejemplar aunque no único, concretará todavía más la pregunta: "¿Para qué votar? ¿Para qué consolidar con nuestra blanca papeleta cándidamente al Estado?". La respuesta no sorprenderá a nadie: tras arremeter contra el Estado que esquilma a los trabajadores y labriegos, Martínez Ruiz llega a la conclusión de que "la democracia es una mentira inicua. Votar es fortalecer la secular injusticia del Estado. Ni señores ni esclavos, ni electores ni elegidos, ni siervos ni legisladores. Rompamos las urnas electorales y escribamos en las encarecidas candidaturas endechas a nuestras amadas y felicitaciones irónicas a cuantos crean ingenuamente en la redención del pueblo por el parlamento y la democracia". Y Baroja, identificado ya con su personaje Fernando Ossorio, confesaba no saber si había "alguna cosa más estúpida que ser republicano" y no veía ninguna otra que "el ser socialista y demócrata". Nada de extraño, pues, que proponga la supresión pura y simple del sufragio universal o que alardee de hablar mal de la democracia política, "la que tiende al dominio de la masa y es un absolutismo del número"³³. Unamuno, por su parte, tras insistir en su conocida tesis de que la sociedad española era bárbara más que degenerada, formada por "tribus de beduinos acampadas hace siglos en España", consideraba que el problema político español consistía en una contradicción

31. Luis ARAQUISTAIN: "La nueva generación", *España*, 29 julio 1915, p. 7; Edward SHILS: *Los intelectuales y el poder*, Buenos Aires, 1976, p. 9.

32. "El desprecio a la democracia ha de ponerse en relación con la admiración que Nietzsche despertó en todos aquellos hombres", escribe Gonzalo SOBEJANO: *Nietzsche en España*, Madrid, 1967, p. 482. "De Francia vino su nombre a España. Nordau, en su obra, nos lo dio a conocer": Pío BAROJA en "Nietzsche y su filosofía", *Revista Nueva*, 15 febrero 1899.

33. MAEZTU: "Solidaridad Española, I", *Las Noticias*, 22 septiembre 1899, en FOX: *Artículos desconocidos*, pp. 137-140; Martínez Ruiz, "La vida", *Arte Joven*, 15 abril 1901. Baroja, *Camino de perfección* [1902], Madrid, 1993, p. 294; "Vieja España, patria nueva", "Democracia y mala educación", *El tablado*; Unamuno, "Discurso en el Ateneo de Valencia", cit.

entre cultura y libertad y reprochaba a los liberales del siglo XIX haber luchado por ésta olvidándose de aquélla cuando, como todo el mundo sabía, "con libertad no se hace conciencia". "¡Democracia! ¡Soberanía popular! ¿Y qué es eso?", se pregunta escéptico ante esas muchedumbres a las que ve dirigirse sonámbulas y tan contentas al precipicio, a no ser que el intelectual se plante ante ellas, las sacuda y las despierte: un antidemocratismo menos pedestre que el de Azorín o Baroja pero no por eso menos radical en sus implicaciones³⁴.

Naturalmente, la actitud antidemocrática se complementaba con la exigencia de un poder superior no sujeto a los vaivenes de la multitud. Como si quisiera desmentir por adelantado a la legión de estudios que lo presentan como un liberal de la cuna a la tumba, Baroja escribió en 1903 que "en España no debemos ser liberales". Y para que no quedaran dudas, creyendo, como creía Unamuno, en la necesidad de coacción para sacar a la masa de su incultura general, añadió sin titubeos: "queriendo ser fuertes no podemos ser liberales; debemos ser autoritarios y evolutivos". La revuelta contra la masa y contra la democracia de masa se expresó en estos literatos transmutados en intelectuales como suspiro por "el hombre", el "buen tirano", el "cacique prudente y morigerado", el "tutor de pueblos", el "héroe", "los fuertes", el "superhombre" o, más directamente, el dictador que arregle todo esto³⁵. Por cierto, los literatos españoles no andaban solos en estas creencias. Un personaje de Knut Hamsun afirmará lo mismo con más crudeza: "Creo en el líder nato, el déspota natural, el amo, no el hombre que es elegido, sino el hombre que elige por sí mismo ser el guía de las masas". En España, frente a un literato de la generación anterior como Juan Valera, que todavía elevaba su voz contra "la superhumanidad y los superhombres", en defensa de una "democracia ilimitada" y para protestar de que "por ser pobre se condene a un ser humano a perpetua infancia, a incapacidad declarada por ley y a inevitable tutela", no faltaron a fin de siglo jóvenes intelectuales con "una vocación militarista y dictatorial", e inclinados, por la lectura parcial de Nietzsche y su exaltación del derecho de los fuertes, a fórmulas autoritarias que afortunadamente no pasaron de "meras imaginaciones especulativas", poco dados como eran a la acción³⁶.

Así se plantaron, pues, estos intelectuales ante la masa y esas fueron las primeras consecuencias de su descubrimiento: estéticas: una escritura de minorías,

34. Unamuno, Información en el Ateneo de Madrid, en Joaquín COSTA: *Oligarquía y caciquismo* [1901], ed. de Alfonso Ortí, Madrid, 1975, II, pp. 407-414. Para la democracia en Unamuno, Elías DÍAZ: *Revisión de Unamuno*, Madrid, 1968, pp. 63-70 y la crítica de Pedro Cerezo, *Las máscaras de lo trágico*, Madrid, 1996, pp. 357-362, y .

35. "No ideas, sino hombres", pedía Unamuno; "personas que sepan ser tutores de pueblos", buscaba Dorado; el buen cacique es figura de Cajal; "un buen tirano" o "abrir el campo a las energías de los fuertes" proponía Baroja: de los primeros, sus respuesta a la Información sobre *Oligarquía caciquismo*, cit., pp. 286, 413, 346; del último, *El tablado*, cit, pp. 38

36. Cit. de Hamsun, CAREY: *The intellectuals*, pp. 4-5; vocación militarista: Sobejano, *Nietzsche*, p. 483, que menciona a Maeztu, Salaverría, Burguete y Azorín a rachas. El contraste entre los jóvenes del 98 y un liberal antiguo como Juan Valera no puede ser más llamativo: "Elogio de Don Antonio Cánovas del Castillo. Discurso de recepción del autor en la Real Academia de Ciencia Morales y Políticas el 18 de diciembre de 1904", *OC*, vol. III, 1229-1244. Cita final, Vicente CACHO: *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, 1997, p. 68.

con divagaciones filosóficas y psicológicas que ayudaron "a catapultar la ficción española a modos experimentales más de diez años antes de que en el resto de Europa irrumpiera la ficción anti-realista"³⁷; sociales: su concepción como categoría separada, como una aristocracia del cerebro, por decirlo en palabras de Maeztu; políticas: desprecio hacia los políticos y el parlamento, rechazo de la democracia y del sufragio universal. Intelectuales que despreciaban a la masa pero que se sentían aterrados por su emergencia y ascenso, quizá porque "nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido"; preocupados por el futuro de la alta cultura y del pensamiento elevado, profetas airados de la decadencia y críticos radicales de la democracia: tales fueron las actitudes políticas básicas de estos escritores del fin de siglo, no sólo en España³⁸.

37. Roberta JOHNSON: *Fuego cruzado. Filosofía y novela en España (1900-1934)*, Madrid, 1997, p. 26

38. Intelectuales despectivos y temerosos de la masa, Josep FONTANA: *Europa ante el espejo*, Barcelona, 1994, p. 146; aterrados, preocupados y airados, aunque cuidadosos de no romper los vínculos con la burguesía, Arno MAYER: *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984, pp. 254-255. La frase entrecomillada abre *Masa y poder*, de Elias Canetti, Madrid, 1983.